

La conquista evangelizadora en la literatura latinoamericana

Raúl H. Mora Lomelí*

Un niño está naciendo al nacer el 12 de octubre de 1992 en la playa de Acapulco. Viene tomado de la mano de una niña de ojos cerrados. El niño tiene bien abiertos los ojos, como si sus párpados jamás se hubiesen formado. Mira fijamente a la tierra que lo espera. El niño nada hacia la tierra, suavemente, portando a la niña con él. Sale del vientre de su madre como si atravesara el mar pacífico, portando a la niña sobre sus hombros, salvándola de la muerte por agua. La luz se apagó; se extinguió el fuego encima de sus cabezas. Sale el niño. Del cielo desciende veloz Angel, ángel de casco dorado y espolones verdes, espada flamígera en la mano, Angel escapado de los altares indohispánicos del hambre opulenta, de la necesidad vencida por el sueño, de la cópula de los contrarios: carne y alma, vigilia y muerte, vivir y dormir, recordar y desear, imaginar: todo esto trae en sus labios el niño alegre que llega a la tierra triste, trae el recuerdo de la muerte, blanca y extinguida como la llama que se apagó en el vientre de su madre: por un instante veloz, maravilloso, el niño que nace sabe que esa luz del recuerdo, la sabiduría y la muerte era un Angel y que este otro Angel que vuela desde el ombligo del cielo con la espada en la mano es el enemigo fraterno del primero: es el Angel Barroco, con la espada en la mano y las alas de quetzal y el jubón de serpientes y el casco de oro, el Angel pega, pega sobre los labios del niño que nace sobre la playa: la espada ardiente y dolorosa pega sobre los labios y el niño olvida, lo olvida todo olvida todo, olvida...¹

Carlos Fuentes, con su novela *Cristóbal Nonato*, nacida el 4 de mayo de 1987, se nos adelantó en la reflexión que hemos venido provocando entre nosotros en torno al "descubrimiento o encubrimiento" de América, en torno a los "500 años de confusión" que -por malinchismo o chauvinismo, por posturas traumáticas o ingenuamente triunfalistas, por el influjo de la leyenda blanca o de la leyenda negra- nos ha impedido, nos impide todavía asumir nuestra propia responsabilidad ante el presente y ante el futuro.

¿La celebración del V Centenario será sólo un cúmulo de festejos y concursos, en este Continente ya no tan Nuevo, y en el Viejo? ¿La pretensión es -una vez más- lograr que las masas no pensemos, que nos mantengamos alejados y distantes de la realidad que se remueve en el fondo de nuestro acontecer cotidiano?

Así lo sugiere la presentación de la novela, llamada *Cristóbal* no sólo en honor de Colón, sino por el asunto

que guía la acción: responder y ganar el concurso que la nación promueve: el niño que nazca primero el 12 de octubre de 1992 y más se parezca al Descubridor, tendrá asegurada la vida, de por vida. Por eso sus padres, Angel y Angeles, lo conciben en las playas de Acapulco, el día de la Epifanía y de la primera ley agraria de la Revolución, el 6 de enero del esperado año centenario de nuestro encubrimiento.

Nonato, porque toda la acción -569 páginas- será vista desde el espermatozoide y el óvulo por él fecundado, desde el seno materno. Ahí, sólo ahí, recibirá el germinal Christophoro toda la herencia de la historia, a través de los genes, paternos, maternos, clasemedios y revolucionarios, hispanos, pues, e indígenas a la vez. Palomar será su apellido: nada más cercano a Columbus, palomo que lleva la unción de la vida nueva: Christophoro.

Hemos leído el final: con la lucha entre un Angel del recuerdo y de la sabiduría y un Angel Barroco con alas de quetzal y casco de oro, Cristóbal Yanato olvida, olvida.

A lo mejor, la niña que lo acompaña en el parto, su por nueve meses ignorada hermanita gemela, algo recordará. A lo mejor, por no ser esperada.

Ojalá nos sintamos invitados a asumir nuestra propia responsabilidad del presente y el futuro, aceptando de antemano que estamos condicionados por nuestro pasado. De éste no podemos olvidarnos -sea cual sea la lucha de los ángeles que batallaron en nuestro propio nacimiento-, porque miramos hacia el siglo XXI y anhelamos ya que sea más justo, menos confuso que este siglo XX en su última década de vida-muerte.

¿Cuándo comienza la literatura latinoamericana? ¿La literatura es latinoamericana porque quien la escribe nació en alguno de nuestros países? ¿O porque el tema interpreta nuestro continente? ¿O por qué el escritor acude sólo a uno de nuestros dos idiomas más extendidos, español y portugués? ¿Para abordar fundadamente el tema propuesto, hemos de acudir a todo lo escrito -bajo el calificativo de "literario"- sobre América Latina, desde dentro o desde fuera del Continente, por latinoamericanos de nacimiento o por extranjeros, en cualquier idioma -también quechua, náhuatl, los creoles mezcla de inglés

* Doctor en Letras. Rector del ITESO de 1970 a 1972.

"cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándoles y sustentándolas".

En una sociedad, sin embargo, de nobles y vasallos: "¿quién no es su vasallo?", respondió un asombrado cacique a Cortés que le preguntaba sobre su relación con Moctezuma.

El suspiro del poeta -"¡si algunos de nuestro pueblo entrañen aquí!"- es, para los aztecas mismos, anhelo imposible: "aquí" es el jardín exclusivo de los nobles. Y algo más que imposible para los pueblos de otras regiones.

La historia nos transmite la conquista como obra también de la traición tlaxcalteca y de la primera madre mediadora, traductora o guía, La Malinche, primera violada.

¿De veras, mera traición? ¿No, más bien, anhelo de liberación? Así parece proclamarlo, desde aquella hora del alumbramiento, otro poema:

Canto tlaxcalteca acerca de la conquista

Hemos logrado al fin llegar a Tenochtitlan:
esforzaos, tlaxcaltecas y huexotzincas.
¿Cómo lo oírás el príncipe Xicoténcatl, el ahorcado?
¡Ea, esfuerzaos!

Va dando alaridos el capitán Cuauhtencoztli,
sólo le dicen el capitán y nuestra madre Malintzin:
Hemos logrado llegar a Xacaltecoz y Acachinanco.
¡Ea, esfuerzaos!

Esperamos las naves del capitán: no bien hayan llegado
sus banderas a la cordillera de Aztahuacan,
a su sola presencia demudarán su rostro los siervos
mexicanos. ¡Ea, esfuerzaos!

Ayudad a nuestros señores, los vestidos de hierro,
que ponen cerco a la ciudad, que ponen cerco a la nación
mexicana. ¡Ea, esfuerzaos!

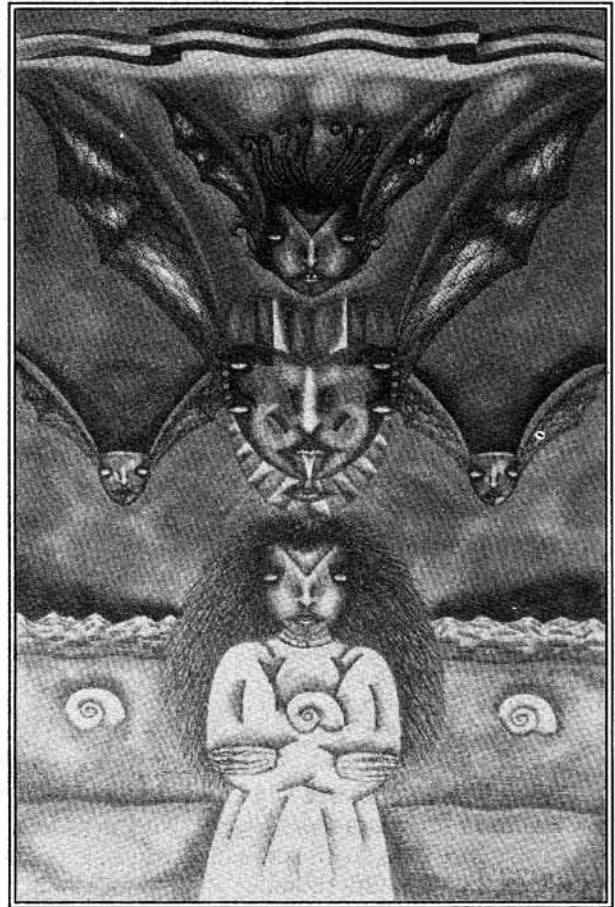
Tañe tu tamboril, rfe a carcajadas, oh Ixtlilxóchitl,
ponte a bailar en Cuauhquiahuac, el de México,
haz que al girar brille tu escudo de rosadas plumas
aquí en Temalacatitlan. ¡Ea, esfuerzaos!

Tú que te regocijas en la guerra, tú que te atavías de luz,
oh empenachado Ixtlilxóchitl, ponte a bailar en
Cuauhquiahuac el de México,
haz que al girar brille tu escudo de rosadas plumas
aquí en Temalacatitlan. ¡Ea, esfuerzaos!

En ondulante desfile nuestros parientes marchan:
el empenachado Anahuácatl, el príncipe otomí Tehuizquitihue.
¡Ea, esfuerzaos!

Por un breve instante, por un día duran las flores del
combate, tu mando, oh Cuauhtémoc, tus flores de
la nariz hechas de oro; envuelta en luz de aurora
está tu Flor-de-Algodón,
rodeada de plumas de quetzal,
oh tú que llenaste de admiración al Cerro del Colibrí.
¡Ea, esfuerzaos!

¿Cómo era posible que por tu medio se consolidara,
que durara en pie nuestra ciudad, aun cuando ardieras
de ira?
¡Sólo quedaron unas cuantas ajorcas de oro a tu Flor-
de-Algodón,



oh tú que llenaste de admiración al Cerro del Colibrí!
¡Ea, esfuerzaos!

Ved cómo bailan ellos con escudos:
les hemos abatido Tehuizquitihue y Tecuatzin.
¿Qué será de vosotros? Empero, empiece el baile: cantad
amigos míos.⁵

Llegar a Tenochtitlan: anhelo tlaxcalteca que no nació sino se hizo posible con la conquista: "Ya no es lejos. Tal vez en tres días se llegará. Es muy buen lugar. Y muy valientes, muy guerreros, conquistadores. Por todo lugar andan conquistando": así informaron los tlaxcaltecas, cuenta el historiador Sahagún. Tras el estribillo poético y guerrero -"Ea, esfuerzaos"- se esconde la táctica militar que sugiero acabar, de camino, con los aliados de los mexicas, los cholultecas: "Es un gran perverso nuestro enemigo de Cholula. Tan valiente como el mexicano. Es amigo del mexicano".

Junto a esta división y la consecuente debilidad del pueblo que habría de ser ocupado, fuerte papel jugaron los presagios. Diez años antes de la llegada española a la tierra mexicana, circulaban entre el pueblo, avaladas por sus gobernantes, las narraciones de prodigios funestos que pusieron a todos a la espera de algo insólito: "una espiga como fuego" que goteaba como si estuviera punzando el cielo; el incendio del Tlacateccan que del todo

ardió; el rayo que acabó con el templo de Xiuhtecuhtli; el fuego que cayó en pleno día y se dividió en tres partes; el agua que hirvió con el viento; la mujer que lloraba y gritaba de noche: "hijitos míos, ¿a dónde os llevaré?"; los pájaros cenicientos caídos en las redes de los pescadores y en cuyas mulleras Motecuhzoma vio el cielo, las estrellas y cómo algunas personas venían de prisa, se hacían la guerra, a cuestas sobre unos como venados; "la aparición de monstruos como hombres con dos cabezas y un solo cuerpo".⁶

Bien pueden tenerse tales consejas como justificativos de la derrota, posteriores a la guerra contra los invasores. Aunque así fuera, su aceptación descubre un trasfondo religioso, lleno de temor ante lo inesperado. Superstición, si se quiere.

Pero tras todo eso, había también afirmación de valores culturales de primera calidad. Así, al otro extremo del continente, entre los pueblos guaraníes, la literatura chiripá canta a la fraternidad con que se espera y se recibe a todo forastero:

A un habitante de lejas tierras
veo yo, Pájaro;
a un habitante de lejas tierras,
en verdad veo yo, Pájaro.⁷

Todo el género llamado del *kotyú* expresa, para el canto y la danza, la alegría por el que llega. A lo mejor, porque, como lo cantó la literatura *Pai-Kaiová*, Nuestro Abuelo Grande Primigenio dejó su creación inconclusa, esperando y pensando en su futura morada:

Para sentarse con su propia ley;
para sentarse él con su propia luz;
para sentarse él con sus propias llamas;
para sentarse él con sus propios truenos;
para sentarse él con su propia palabra;
para sentarse él con su propia palabra reluciente;
para sentarse él con su propia palabra llameante;
para sentarse él con su propia palabra tronante.⁸

Imposible repasar todos los textos precolombinos.

Tal vez se objetará contra lo citado que no son "literatura" propiamente tal. Porque sigue siendo verdad lo que Don Angel María Garibay escribió en la introducción de su versión de la *Poesía Indígena*:

Atentado a la etimología es hablar de una literatura azteca. Esfuerzos habían hecho, y muy ingeniosos, las culturas prehispánicas para fijar sobre la piedra o el papel sus pensamientos: no llegaron, sin embargo, a descubrir el alfabeto que les permitiera fijar la palabra misma. Ideogramas simbólicos, algunos muy estilizados y cercanos al fonetismo, pero no letras, les sirvieron de vehículo de sus ideas.

A pesar de ello, sigue afirmando el Dr. Garibay:

Existió, en cambio, una abundantísima producción poética y de elocuencia popular, atesorada en la memoria y transmitida de generación en generación.⁹

Discurso verbal, pues, aunque no fuera escrito. Verdadera literatura, afirmamos, al definir ésta como "conjunto de símbolos verbales" con que el autor interpela al lector, a hacer una experiencia interna.

Al evocar tan de carrera algunos de esos textos, mediados ya por traductores que, plausiblemente, no siempre fueron los indígenas mismos, insinuamos tan sólo, un camino para retomar y vivir la experiencia vivida por los habitantes que los conquistadores encontraron a su llegada: pueblos condicionados -¿quién no?- por los procesos naturales, por sus organizaciones económicas, político-militares e ideológico-religiosas. Ese condicionamiento, planteamos, posibilitó, con sus propios dinamicismos, la intromisión y el nuevo vasallaje.

Sin que esto les quite, según su creación literaria, la capacidad crítica y el anhelo de liberación. Yendo más allá del límite de este primer acercamiento, vale la pena escuchar lo que el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* cantó, denunció y anheló décadas más tarde (¿20 de enero de 1782, según la nota de la página 81 del manuscrito?). Porque, después de proclamar como lo hicieron los guaraníes:

7. Recibid a vuestros huéspedes que tienen barba y son de las tierras del Oriente, conductores de la señal de Dios, Padre.¹⁰

Corrige y grita el poeta:

No hay verdad en las palabras de los extranjeros. Los hijos de las grandes casas desiertas, los hijos de los grandes hombres de las casas despobladas, dirán que es cierto que vinieron ellos aquí, Padre.

¿Qué Profeta, qué Sacerdote, será el que rectamente interprete las palabras de estas Escrituras?¹¹

Ni duda le cabe entonces al poeta que con el conquistador llegó el cristianismo y que con él aprendieron a llamar "Padre" a aquél "cabe quien está el ser de todas las cosas". Sin que eso le impida compartir su experiencia interna e interpelar desde entonces a sus oyentes, entre ellos a nosotros mismos hoy:

Solamente por el tiempo loco, por los locos sacerdotes, fue que entró a nosotros la tristeza, que entró a nosotros el "Cristianismo". Porque los "muy cristianos" llegaron aquí con el verdadero Dios; pero ese fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo, el principio de la "limosna", la causa de que saliera la discordia oculta, el principio de las peleas con armas de fuego, el principio de los atropellos, el principio de los despojos de todo, el principio de la esclavitud por las deudas, el principio de las deudas pegadas a las espaldas, el principio de la confusión reyerta, el principio del padecimiento. Fue el principio de la obra de los españoles y de los "padres", el principio de usarse los caciques, los maestros de escuela y los fiscales.

¿Que porque eran niños pequeños los muchachos de los pueblos, y mientras, se les martirizaba! ¡Infelices los pobrecitos! Los pobrecitos no protestaban contra el que a su sabor los esclavizaba, el Anticristo sobre la tierra, tigre de los pueblos, gato montés de los pueblos, chupador del

pobre indio. Pero llegará el día en que lleguen hasta Dios las lágrimas de sus ojos y baje la justicia de Dios de un golpe sobre el mundo.

¡Verdaderamente es la voluntad de Dios que regresen Ah-Kantenal e Ix-Pucyolá, para roerlos de la superficie de la tierra!¹²

Traición, pues, de los altos sacerdotes del Mayac; afirmación de la fe en el Padre de la vida; testimonio de lo que significó el nuevo mundo a que fueron sometidos; anhelo de venganza y de justicia divina. Como en síntesis, todo queda dicho en dos líneas del poema "El trece Ahau Katún": "Nos *cristianizaron*, pero nos hacen pasar de unos a otros como animales. Y Dios está ofendido de los *Chupadores*".¹³

En aquella misma época, tras la llegada de las carabelas a la Española y con los viajes que fueron buscando y encontrando estas tierras y estas culturas ignoradas en la por siglos autosuficiente futura Europa, fue sobre todo el género literario de los historiadores el que hasta hoy nos transmite la experiencia vivida por los recién llegados y sus allegados.

Para valorar su aporte, haría falta repasar la situación económica, política e ideológica de lo acontecido hace 500 años. Con los historiadores de aquella hora habría que ponderar los conflictos de la evangelización y el cristianismo en los albores del siglo XVI. Pero eso nos llevaría a revisar la gesta, avasalladora y conflictiva, del naciente derecho internacional, y a ponderar las causas por las que el feudalismo llegó a su fin y por las que Europa luchaba por su re-nacimiento. No es la visión de aquel Continente lo que intentamos recoger ahora.

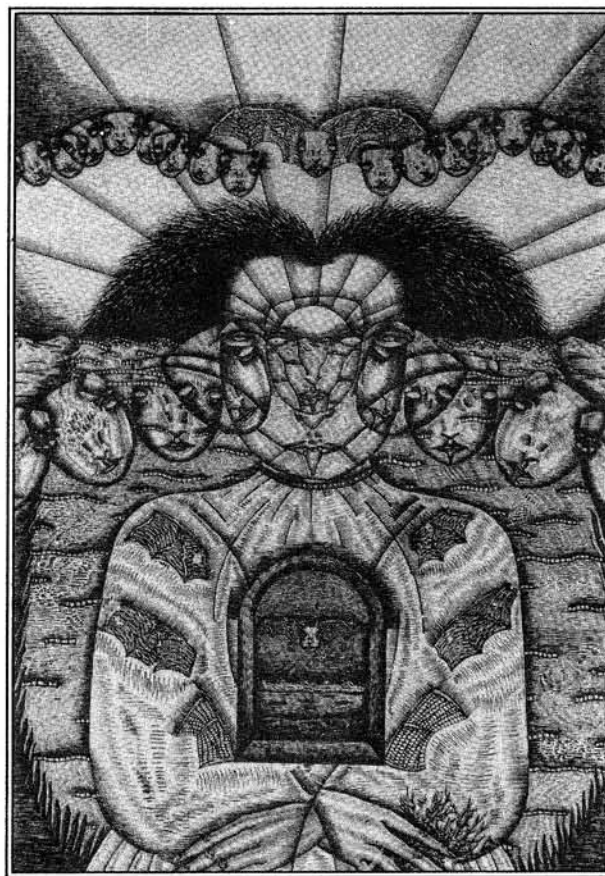
Sí nos interesa, en cambio, repasar las narraciones literarias que hombres como Bernal Díaz del Castillo nos dieron con obras como la *Historia verdadera de la Nueva España*.

Lejos estaba Bernal Díaz de las reglas que los historiadores se han dado para asegurar el carácter científico de una obra fundamentalmente clasificable entre los acervos de la historiografía. Imposible negar el carácter justificativo y panegírico de las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés. Hoy no falta quien califique los *Comentarios Reales* de Garcilazo de la Vega el Inca, de novela-heroica y aun de fábula, aunque el autor, mestizo nacido en Perú, se afanó por dar el relato fiel de las hazañas y de las injusticias que, a la postre, lo hicieron a él mismo víctima de la conquista-evangelizadora, o de la evangelización-conquistadora.

Mucho viajó y mucho gustó en viajar por Panamá, Perú y Chile Alonso de Ercilla y Zúñiga, y con todo empeño difundió en Francia, Inglaterra, Suiza, Italia, Austria, Hungría y, por supuesto, España cuanto vio, escuchó y supo sobre aquella hora. A pesar de ello, a su gran obra, *La Araucana*, más fácilmente se le compara con *La Eneida*, y como epopeya, que con cualquier ensayo de historia de nuestras universidades.

El exigente Menéndez y Pelayo dijo de *La Araucana*:

Poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos ciclos,



nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles.¹⁴

Y no muy lejos de esa descripción quedan las demás obras antes mencionadas. Obras en conjunto, pues, "literarias", escritas en verso, en prosa epistolar o historiada.

Rota la unidad y el mundo cerrado de la Europa de la Edad Media, por los viajes hacia Africa y las Indias Orientales, por las pugnas por la supremacía imperial y económica, por la renovación reformadora iniciada por Lutero, a estos artistas de la palabra una utopía los unía y los impulsaba: lo nuevo. Nueva Granada, Nueva España, Nueva Castilla, Nueva Extremadura, Nueva Andalucía, Nueva Cadiz, nombres, es cierto, con que Francisco Pizarro, Cortés, Pedro de Valdivia, Diego Fernández de Cerpa y tantos más quisieron honrar su tierra natal y ser por ella honrados.

Al grado que Nuño de Guzmán bautizó originalmente a lo que luego sería Nueva Galicia, con el humilde nombre de "Nueva Castilla de la Mejor España": ¿admiración por lo que vio en lo que hoy es Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, Sinaloa y tierras vecinas?

Más allá de la afirmación de la propia honra, hay en la búsqueda de lo "nuevo" un dinamismo que mucho se asemeja a la utopía. Como la que por esa época soñó también Tomás Moro, y muchos siglos antes que él Pla-

tón, y cinco más tarde, tan irónicamente, Jean Paul Sartre (*El diablo y el buen dios*), y poco antes que éste José Vasconcelos con *La raza cósmica*. Es posible un mundo distinto, es su convicción más profunda.

Y no poco papel jugaba en eso la propia fe, religiosa, política, económica. Fe capaz de dar audacia y arrojo, de crear un estilo de vida, de alimentar un sueño, como el que con mayor éxito que ellos lanzaría a todos los tiempos y todos los lugares y culturas Miguel de Cervantes. El valeroso Caballero de la Triste Figura, Don Quijote de la Mancha inspira todavía hoy y desde entonces la apuesta por transformar la sociedad y la tierra. "Desfacer entuer-tos" fue la consigna jurada por el amor a Dulcinea. Sueño posible. Que nadie venga hoy a repetirnos que estamos en el fin de las utopías.

Evangelizar, es decir, llevar la buena nueva, era fe innegable en los conquistadores o aventureros de aquella hora.

Aunque sabían, al mismo tiempo, que aun de las condenas penales y de las galeras podrían ser absueltos quienes se lanzaran a la conquista de las Nuevas Indias.

Ya por esta motivación, la "conquista" es digna de ser tenida entonces y ahora por "encubrimiento", más que por "descubrimiento". Encubría el anhelo de liberación.

Admitamos, con todo, que ni ahora ni entonces hay cristianos puros, ni revolucionarios puros. "¡Qué pocos he conocido que de veras lo sean!" me dijo en una entrevista para *Proceso* Tomás Borge, cuando si algo hacía falta en Nicaragua eran cristianos puros, revolucionarios puros. Sin preguntar, como Pilatos. "¿Y qué es la pureza?". Aceptemos que los "conquistadores" no eran "puros". La relectura de sus escritos y sus hazañas no podrá, con todo, negar que, tras la búsqueda de lo nuevo, había un impulso transformador. Aunque fuera de sus propias vidas. Y una motivación -también impuramente religiosa-, de fe.

No era vano ni meramente personal el argumento que el Inca de la Vega adujo para defender sus negados derechos y para subrayar la importancia de la aventura descubridora: "Para confirmación de esta grandeza, y de lo que el Perú ha enriquecido a todo el mundo", alega:

De que un indio idólatra, que tantas crueldades había hecho, como Atahuallpa, muriese bautizado, devemos [sic] dar gracias a Dios Nuestro Señor, que no desecha de su infinita misericordia los pecadores tan grandes como él, y como yo.¹⁵

Pero formulemos abiertamente la pregunta que la conquista y su V Centenario provoca: ¿qué derecho tenían aquéllos para imponer su fe?, ¿qué derecho tiene alguien para imponer su propia cultura y a nombre de ella destruir la ajena?, ¿qué derecho tiene una persona, una nación o país para hacer de los otros sus "vasallos", a nombre de su propio proyecto social, su propio estilo de vida, su propia utopía?

Ninguno. Seamos igualmente abiertos: ningún derecho tiene ni una persona ni un país para hacer eso. El repaso de aquella historia de hace 500 años, hecha en

estos años nuestros, nos convence que así es. Aceptarlo, decirlo públicamente no sería poco fruto de esta reflexión. Ni entonces ni ahora, a nombre de la propia cultura, la propia concepción de la vida, el propio proyecto social se puede destruir la cultura, la vida, la sociedad ajena.

Mucho menos hay derecho alguno para hacerlo, para imponer la propia fe. Porque una fe impuesta no es fe. La fe es la respuesta libre, gozosa, personal a la invitación que recibimos, así, como invitación, para asumir una relación personal y amorosa. La fe es la respuesta libre, jamás impuesta, en la confianza al Dios de la vida a quien también nosotros llamamos "Padre" y en estas tierras era bendecido e invocado como Wa Aisa (miskitos), Ma Papak (sumos), Mareigua (Guajira), Nhandeyana (guaraníes), Macunaima (Venezuela), "El de una sola Edad" (mayas), "Antiguo Secreto" (Popul Vuh).

¡Herejía!, clamarían hoy conquistadores y evangelizadores de hace 500 años -menos dos-, por lo que acabo de decir. ¿Cómo asimilar el nombre del Padre de Nuestro Señor Jesucristo con el de esos "ídolos"? ¡Reo soy de muerte, para proteger la fe!

Pero -defendámonos de la Inquisición que pronto llegaría a petición del Real Patronato- ¿por qué no vieron aquellos conquistadores-evangelizadores en este "Antiguo Secreto" de nuestros antepasados mayas al "Dios desconocido" que San Pablo sí reconoció y alabó, paseando entre los mitos y los ritos con que los griegos de Corinto conmemoraban a sus dioses?

Porque la cultura, la identidad, la concepción de su fe, condicionada y formulada en sus propias estructuras, lo impedía. Era imposible pensar de otra manera en la España, bastión de la Contrarreforma, y aun en la Alemania de esa hora, cuna de la Reforma. Juzgarlo con nuestros criterios, sin excusa, y condenarlos porque hace cinco siglos no hicieron lo que hoy, 20 siglos después de Pablo de Tarso, vemos como posible, como lo justo y lo razonable, es un anacronismo. Y éste es uno de los "dos pecados capitales" en la lectura e interpretación de la historia.

El segundo, es semejante a éste, el arcaísmo: querer perpetuar y aplicar a una época -la nuestra, en el caso- los principios, criterios y formas culturales con que se pensó y se actuó en siglos pasados, sin asumir la responsabilidad de lo que hoy nos da identidad verdadera.

Así, sobre lo que hoy llamamos V Centenario -¿descubrimiento?, ¿encubrimiento?, ¿encuentro?, ¿tropezón?-, la disputa quedó abierta. Desde que los literatos de aquel momento, siglos XV y VI, nos dijeron su experiencia ante lo que veían y vivían.

El entusiasmo por la empresa española en este nuevo mundo vibraba en todos, como subraya Angel Valbuena Prat. Pero contra el apoyo un tanto o totalmente acrítico a los conquistadores, que sale como relato de las plumas de Francisco López de Jerez y Pedro Cieza de León, desde Perú, y de Gómara y Bernal Díaz del Castillo, desde México, violentos e igualmente apasionados escriben Fray Bartolomé de las Casas y Fray Bernardino de Sahagún.

Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias llamó Bartolomé a su testimonio. Y con una valentía inaudita, dos años antes de su muerte, presentó al Consejo de Indias el último de sus *Memoriales*. Como síntesis de los crímenes conquistadores formula ocho conclusiones.

La primera, que todas las guerras que llamaron conquistas fueron y son injustísimas y de propios tiranos.

La segunda, que todos los reinos y señoríos de las Indias tenemos usurpados.

La tercera, que las encomiendas o repartimientos de indios son iniquísimos, y de *per se* malos, y así tiránicas, y la tal gobernación tiránica.

La cuarta, que todos los que las dan pecan mortalmente, y los que las tienen están siempre en pecado mortal, y si no las dejan no se podrán salvar.

La quinta, que el rey nuestro señor, que Dios prospere y guarde, con todo cuanto poder le dio no puede justificar las guerras y robos hechos a estas gentes, ni los dichos repartimientos o encomiendas, más que justificar las guerras y robos que hacen en los turcos al pueblo cristiano.

La sexta, que todo cuanto oro y plata, perlas y otras riquezas que han venido a España, y en las Indias se trata entre nuestros españoles, muy poquito sacado, es todo robado: digo poquito sacado por lo que sea quizá de las islas y partes que ya habemos despoblado.

La séptima, que si no lo restituyen los que lo han robado y hoy roban por conquistas y por repartimientos o encomiendas y los que de ello participan, no podrán salvarse.

La octava, que las gentes naturales de todas las partes y cualquiera de ellas donde habemos entrado en las Indias tienen derecho adquirido de hacernos guerra justísima y raernos de la haz de la tierra, y este derecho les durará hasta el día del juicio.¹⁶

Fray Bartolomé de las Casas, movido por el más íntimo cariño a los indígenas que conoció en Santo Domingo, Cuba, Tucumán, Nicaragua, Chiapas, impulsó una solución: traer esclavos de África. Flaco servicio, a pesar de su ternura por nuestros abuelos indios.

Pero ni eso frenó el saqueo que hoy condenamos:

Cosa de admiración y no vista en otro puerto alguno las carretas de a cuatro bueyes que en tiempo de flota acarrean la suma riqueza de oro y plata en barras, desde Guadalquivir hasta la Casa Real de Contratación de las Indias.¹⁷

Como escribió, triunfante, Alonso de Morgado, en 1585, para exaltar las glorias y las alegrías de Sevilla, cuna, irónicamente, de Fray Bartolomé de las Casas.

Crimen fue aquello, decimos hoy. Temerosos de que, como a Cristóbal Palomar -Yanato-, se nos olvide lo que el repaso de aquella literatura nos transmite: el crimen se sigue dando. Porque lo que fueron Las Indias, el Mundo Nuevo, lo que hoy intenta ser un continente latinoamericano, sigue siendo saqueado, y los campesinos de Chiapas y los guaraníes siguen con hambre, aunque no se les tenga por esclavos, porque la esclavitud -por decreto constitucional- no existe.



El saqueo es el mismo. Sólo que el Guadalquivir y la Casa Real de Contratación de las Indias cambiaron de latitud y de meridiano, y su nombre ya no se escribe en la lengua de Castilla.

[...] y vuestra merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

-Eso, no, Sancho -repondió don Quijote-; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa de que sobre el cimientto de la necedad no asienta ningún discreto edificio.¹⁸

Y no hay mayor necedad que olvidar lo que bien aprendido tenemos: completemos así los sabios consejos de aquel loco por la justicia a su refranero escudero, de su mutua enseñanza retenemos la norma para bien juzgar que Don Quijote dio a su amigo, próximo a ser gobernador de la Insula Barataria:

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrate piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.¹⁹

estrofas evocan e interpretan -con emoción histórica- lo que fue aquel origen:

Amor América (1400)

Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales:
fueron las cordilleras, en cuya onda raída
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:
fue la humedad y la espesura, el trueno
sin nombre todavía, las pampas planetarias.

El hombre tierra fue, vasija, párpado
del barro trémulo, forma de la arcilla,
fue cántaro caribe, piedra chibcha
copa imperial o sílice araucana.
Tierno y sangriento fue, pero en la empuñadura
de su arma de cristal humedecido,
las iniciales de la tierra estaban
escritas.²³

Y otras dos, lo que pasó luego:

Vienen por las islas (1493)

Los carniceros desolaron las islas.
Guanahani fue la primera
en esta historia de martirios.
Los hijos de la arcilla vieron rota
su sonrisa, golpeada
su frágil estatura de venados,
y aún en la muerte no entendían.
Fueron amarrados y heridos,
fueron quemados y abrasados,
fueron mordidos y enterrados.
Y cuando el tiempo dio su vuelta de vals
bailando en las palmeras,
el salón verde estaba vacío.

Sólo quedaban huesos
rígidamente colocados
en forma de cruz, para mayor
gloria de Dios y de los hombres.²⁴

Como esperanza queda, ya, la figura de Cuauhtémoc:

Cuauhtémoc (1520)

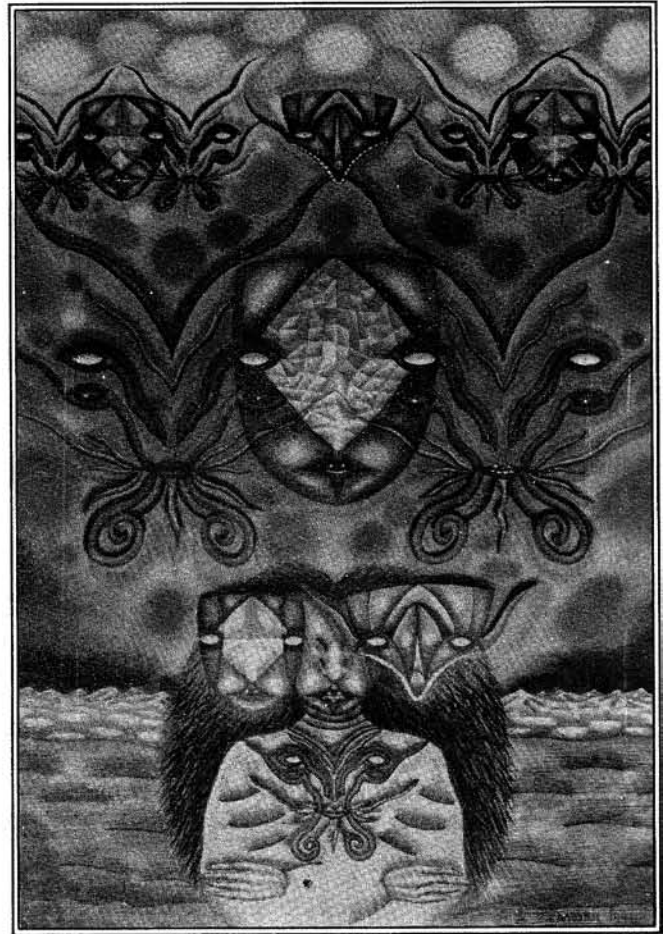
Joven hermano hace ya tiempo y tiempo
nunca dormido, nunca consolado,
joven estremecido en las tinieblas
metálicas de México, en tu mano
recibo el don de tu patria desnuda.

En ella nace y crece tu sonrisa
como una línea entre la luz y el oro.

Son tus labios unidos por la muerte
el más puro silencio sepultado.

El manantial hundido
bajo todas las bocas de la tierra.

Oíste, oíste, acaso,
hacia Anáhuac lejano,
un rumbo de agua, un viento
de primavera destrozada?



Era tal vez la palabra del cedro.
Era una ola blanca de Acapulco.

Pero en la noche huía
tu corazón como un venado
hacia los límites, confuso,
entre los monumentos sanguinarios,
bajo la luna zozobranante.²⁵

Con su recién estrenado *Cántico Cósmico*, Ernesto Cardenal explora también en nuestra historia, la del principio -cuando todo era caos, nada- y la que inició "el documental lationamericano" que, en perspicaz intuición tomado de Eduardo Galeano, nos describe como un pueblo "con las venas abiertas".

Adelantándose como profeta a todos los autores hasta ahora citados, Rubén Darío había por esto, por todo esto, llorado, con una mezcla de admiración y reclamo, de petición y repoche:

A Colón

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

"todos santos y día de muertos", entre comunión y soledad, desde que quedamos convertidos en "los hijos de la Malinche" hasta nuestros días.

Hijos de la Malinche. Explora Paz en la mujer, porque, dice, "para Rubén Darío, como para todos los grandes poetas, la mujer no es solamente un instrumento de conocimiento, sino el conocimiento mismo". No en balde comparamos la patria con una mujer, una madre. Y para empujarnos en ese conocimiento, desglosa, desentraña el grito con que en el enojo o en éxtasis del triunfo y la alegría gritamos: "Viva México, hijos de la Chingada".

Párrafos escandalosos en su época. Menos escandalosos sin embargo, que la actitud con que nos negamos a asumir nuestros orígenes. "El mexicano no quiere o no se atreve a ser él mismo", postula, categórico, Octavio Paz, y descubre así el laberinto por el que nos hemos cerrado en la soledad. Roto, pues, el impulso a la comunión responsable. Con este estudio, ahonda el por años postulado para el Premio Nobel de Literatura en la pista abierta poco antes por Samuel Ramos, con *Psicología del mexicano*. Del latinoamericano, cabe decir, ciertamente, psicología del hombre de maíz de nuestra Mesoamérica.

La conquista -a pesar de la buena noticia, supuestamente anunciada y aceptada hasta por Atahualpa- nos da vergüenza a los habitantes de las tierras conquistadas, más que a los conquistadores, quienes todavía este año celebran el 12 de octubre como el día de la hispanidad.

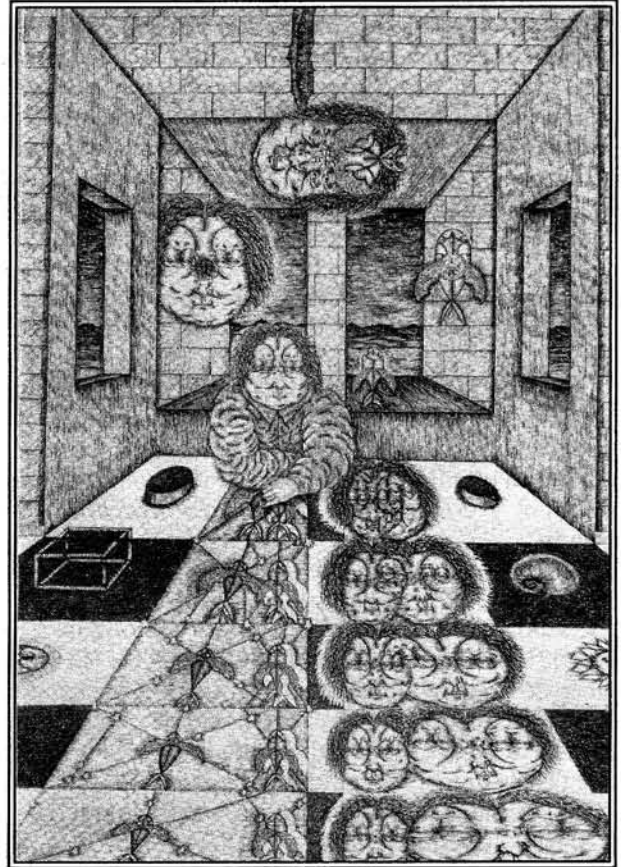
Rompamos la pesadilla, invita Paz:

El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Pero este despierto pensamiento nos ha llevado por los corredores de una sinuosa pesadilla en donde los espejos de la razón multiplican las cámaras de tortura. Al salir, acaso, descubriremos que habíamos soñado con los ojos abiertos y que los sueños de la razón son atroces. Quizá, entonces, empezaremos a soñar otra vez con los ojos cerrados.²⁹

Para lograrlo, indica la ruta: el mito como símbolo creativo y ejemplar nos abre las puertas de la comunión. El repaso de las narraciones simbólicas desnudan nuestro ser y nos educan para actuar. Porque el mito no es ficción ni mentira. A menos que conscientemente lo prostituyamos, como en el remedo del mito de Superman.

Contra la pretensión de su autor, en la utopía ya aludida de Vasconcelos, *La raza cósmica*, pudo alguien leer el orgullo racista que, en su máxima locura, provocó las matanzas de la Segunda Guerra Mundial y, aun ahora, pretende justificar la discriminación en Sudafrica y Alabama. Y también en nuestras tierras.

Lo que somos, nuestra raza, latinoamericana, puede abrirse a la comunión, a la fraternidad cósmica, porque no somos la síntesis mestiza que tantas veces hemos oído. Somos mestizos, pero no sólo mestizos. Somos criollos, pero no sólo criollos. Somos quechuas, garifonos, tarahumares, otomies; pero no sólo somos tzeltales, sumus, guaraníes o gnobes, somos negros, mulatos; pero no sólo eso. Somos todo eso.



Así es, aunque simulemos lo contrario, aunque gesticulemos para no decirnoslo. Para no obrar en consecuencia. El trauma de la Malinche -que no es sólo psicológico sino sociocultural- es lo que provoca que este continente no asuma la unidad que estaba en la fe -tristemente impuesta- en el Padre común, en "El Gran Secreto".

No puede ser desoído el grito tan fuerte con que Alejo Carpentier, Guimaraes Rosa, Jorge Amado, desde Cuba, Haití, Brasil nos abren los oídos para decirnos que también somos descendientes -étnicos, culturales, míticos- del dolor y de la esperanza de aquellos que fueron arrancados de Africa en el principio y hoy nacen, trabajan, comulgan y comparten sus sueños como los que más.

Verdaderos latinoamericanos, como los campesinos despojados de su tierra en el despertar del siglo XVI y en el ocaso de este siglo XX. Entonces, a nombre de la falsa utopía del "Nuevo Mundo": hoy con el no menos falso evangelio neoliberal. Porque ni la invasión de 1492 ni el despojo de 1992 tienen nada que ver con el amor de la verdadera conquista de enamorados.

Para impulsar la búsqueda y la aceptación de nuestra identidad, llamó "Suave Patria" Ramón López Velarde a México. "Suave Patria" nos invitan a llamar hoy los escritores latinoamericanos del siglo XX a todo el continente por cinco siglos humillado. Eso será posible si en el repaso de lo que aconteció hace 500 años descubrimos

